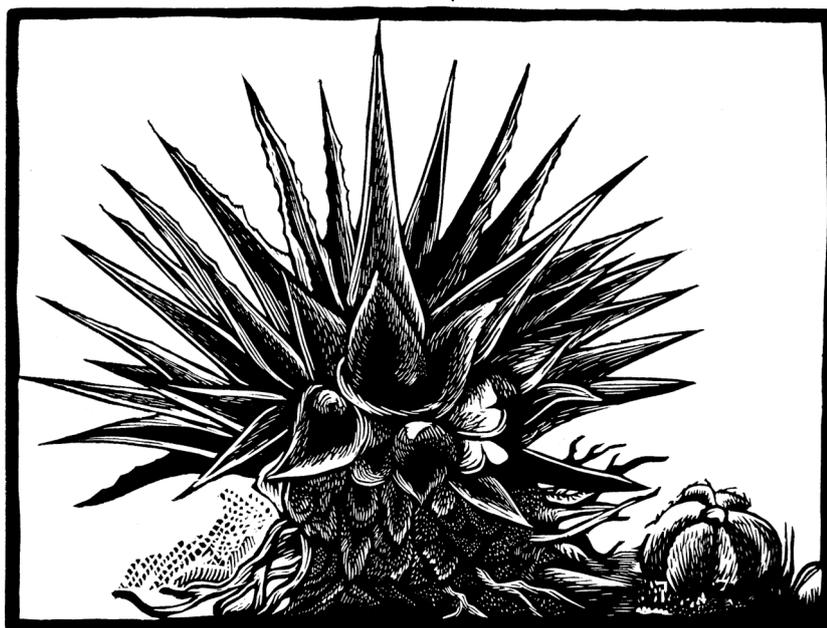


*Eduardo Ruiz Castillo**

ETNOMUSICOLOGÍA

Música tradicional y procesos de globalización



En la medida en que la música es uno de los principales vínculos del espíritu humano con el mundo real, la historia de la música tradicional refleja ese vínculo con la propia cotidianidad de vida, amor y muerte. Hoy la realidad cotidiana es difícil para todos, o al menos para quienes tienen como prioridad sobrevivir a un momento histórico acosado por la globalización, fenómeno que no deja mucho espacio para la defensa de las tradiciones culturales en tanto manifestaciones del espíritu.

Cuando se analizan los procesos culturales de los países en desarrollo, se parte con desventaja ante esa realidad innegable que representa la globalización, un esfuerzo colectivo desde los vértices del poder económico —y, por tanto, político y mediático— para homogeneizar el pensamiento y borrar los matices regionales de la cultura, sustituyéndolos con una amalgama de costumbres colectivas ajenas a la realidad de cada país —y que constituyen su esencia filosófica ante los retos del mundo que a cada pueblo le ha tocado enfrentar—. En este sentido, es importante enfatizar que cada elemento cultural local, por mínimo que sea, finalmente debe transformarse en una riqueza colectiva, en un patrimonio universal, pero con sus propias características de creación e idiosincrasia.

Una de las características de la globalización consiste en ubicar los componentes de la vida en un plano abstracto, en el que todo tiene un núme-

* Universidad de la Comunicación, ciudad de México.



ro y es dirigido por otra abstracción denominada sociedad anónima, con intereses ajenos a los conceptos filosóficos y espirituales que ayudan a vivir a ese hombre común de todos los días. La globalización minimiza todo lo humano cuando no es rentable y produce una reducción homogénea, sin matices ni esencia individual, carente de elementos de creación.

En ese contexto, la música tradicional mexicana debe situarse no como algo abstracto, que existe a través de un concepto pero en los hechos es algo que el gran público desconoce; al contrario, debe ser entendida como una tradición cultural que puede ser divulgada como realidad tangible: que tiene creadores, ejecutantes y gente que la escucha, disfruta y hace suya por una necesidad espiritual, como ese gran público que hace de una tradición un evento popular. Sin embargo, habrá de actuarse con cautela, ya que esta música tradicional no puede cambiar en una adaptación evolutiva porque dejaría su verdad tradicional para transformarse en un arte evolucionado; es decir, con modificaciones a su proposición original, quizá un arte mejor o más académico, pero no ya auténticamente popular y tradicional. Quien debe evolucionar y adaptarse a todas las ofertas de la comunidad mediática es el público, y entender que cada pensamiento debe ser único e irrepetible, una propuesta sobre la vida y el mundo particularizada y compartida con la comunidad para su beneficio.

La música tradicional mexicana

Es importante comenzar delimitando los conceptos elementales del texto. La *música tradicional mexicana* es un importante elemento socio-cultural establecido a lo largo de toda la república mexicana con géneros, creadores ejecutantes y públicos diversos. Muchos eventos de la vida cotidiana incluyen la música como elemento trascendente en la convivencia, si bien casi siempre son de carácter local —ubicados en alguna región muy específica del territorio nacional—, por lo que podrían considerarse como festejos íntimos, con tradiciones íntimas y una música que también lo es. En una fiesta casera en cualquier hogar mexicano se canta y se baila para compartir un tiempo y un espacio importantes,

que bien puede ser un aniversario, un cumpleaños, tal vez un recuerdo importante. En todos nuestros pueblos hay fiestas religiosas para conmemorar a un santo patrón que necesita de la música —quizá una banda de metales—, danzas, cantos, rezos y arrepenimientos anuales. Algunas fiestas cívicas aún son importantes, como el natalicio de Juárez o el recuerdo del inicio de la guerra de Independencia. Y existen además fiestas como la celebración del día de la madre, las posadas, la conmemoración del día de los muertos y los festejos por la Virgen de Guadalupe.

Si bien todas las celebraciones en México necesitan de la música, no toda la música se puede considerar tradicional excepto para quienes la utilizan, dejando así de tener importancia como patrimonio cultural para todo un país; en consecuencia, la frontera entre lo que es o no es tradicional quizá depende del desconocimiento respecto a una manifestación artística en específico. De hecho, esa parte de la música —que en un momento dado podría convertirse en música tradicional— hasta este momento representa un patrimonio cultural desconocido para la mayoría de mexicanos, porque nuestro tiempo global exige que los elementos de tradición trasciendan sus fronteras locales y se conviertan, en este caso, no sólo en música tradicional, sino en música popular, es decir, algo que trasciende hacia el colectivo para que sea más sencilla su conservación y defensa como patrimonio cultural. Habrá de ser necesario adaptarse a la realidad de la comunidad mediática, de lo contrario el riesgo de perder ese patrimonio es inminente en la medida en que las nuevas generaciones pierden el interés en “aquella tradición”, porque para los países en desarrollo es más importante luchar contra la miseria que conservar tradiciones que no dan de comer; por tanto, las prioridades personales se concentran en migraciones masivas hacia las ciudades o al extranjero, y así recordarnos a todos que la miseria aniquila las tradiciones.

Hoy el tiempo es un elemento importante, al extremo de que podemos considerarlo como el momento histórico para las tradiciones. Y es importante porque, después de casi medio siglo del proceso de la globalización, esta aparente oferta comienza a carecer de contenido real en todos los sentidos de la vida: filosófico,

artístico, moral, económico, cultural, político, incluso religioso y, por supuesto, en cuanto a las tradiciones. El desgaste de lo homogéneo en la globalización sucede de manera muy sencilla, mas para que suceda primero debe existir y éste es el gran conflicto: la globalización debe nacer para morir debido a su falta de oferta; pero en tanto muere sus efectos pueden ser devastadores.

Pensemos por ejemplo en la tradición del día de muertos. ¿Qué puede ofrecer el proceso de globalización, como evento cultural homogéneo, que sea capaz de promover una nueva cultural generalizada? Quizá una fiesta que se diferencia de muchas otras por algunos disfraces muy parecidos entre sí; tal vez algunas películas que no hacen conmemoración de los muertos; algunas tradiciones muy lejanas, mal escuchadas, mal entendidas y, por tanto, mal globalizadas, que al final de la jornada dejan un enorme vacío espiritual. En cambio, una tradición real, como el día de muertos que se conmemora en todo nuestro país, tiene su esencia como memoria histórica del recuerdo de un muerto inolvidable que necesita de la música, porque recordar a un muerto querido con su música favorita es un requisito fundamental para que el espíritu de los vivos sienta que ha cumplido su compromiso de amor. En tanto la memoria histórica es la tradición en sí misma como fenómeno sociocultural, el momento histórico está representado por la comunidad que ha de utilizar una tradición para convertirla en propia, así como por los creadores e intérpretes de la música, quienes transforman el arte en un símbolo que puede ser interpretado por cualquier miembro de esa comunidad en función de las condiciones de idiosincrasia, que en cierta forma son una identidad.

La música tradicional y los medios de comunicación

Hoy experimentamos una era de tecnología e información omnipresente que se difunde a través de los medios de comunicación: la vida transcurre a través de la radio, la televisión, Internet, periódicos, revistas y toda forma susceptible de contener información que pueda venderse. Suele suceder que de pronto alguien



"Danza de arrieros" durante una festividad, Ocoyoacac, Estado de México, febrero de 1998. Foto: Javier Romero y Norberto Rodríguez, Fonoteca INAH, núm. de inv. 0397.

abandona el anonimato por estar involucrado en una situación que se puede vender en los medios de comunicación; incluso puede trascender como un suceso de fama mundial, pero luego será parte de una *rutina global* en la que dicha situación ya no interesa a los medios de comunicación por la urgencia de dar prioridad a la siguiente novedad impactante, hasta que el evento inicial desaparece para siempre porque ya no es útil, porque ya no vende.

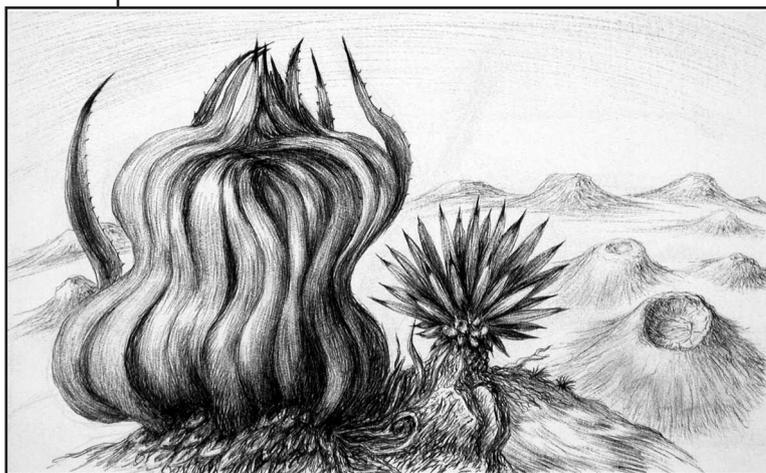
Esta rutina global provoca una fatiga en la plusvalía que los medios obtienen del espectador y genera una serie de conductas colectivas, que si bien son imitativas y pareciera que toda la sociedad se comporta de la misma manera, en los hechos carece de un sustento real en la conciencia de cada individuo, pues la primera pregunta que surge cuando alguien satisfizo sus necesidades mediáticas es: ¿y luego qué?

Así es como surgen los síndromes de convivencia, un conjunto de señales o síntomas que afectan la convivencia personal, los objetivos de vida, el parámetro de los valores sociales y, por tanto, el sentido de la vida y la felicidad. Si que es un gran peligro. En estos parámetros se desenvuelven las características socio-culturales de toda música tradicional, y en función de las cuales pareciera que todo lo ajeno es mejor que la propuesta ancestral de cada país y su historia: hay que parecerse a todos, hay que integrarse a esa sociedad globalizada a fin de pasar inadvertido. Hay que ser global y moderno para asegurarse un lugar en el anonimato

colectivo, el cual tiene como premisa asegurar el desarraigo cultural de los participantes en la sociedad mediática. En ello va el olvido, y hasta el rechazo, de todo lo tradicional, de las tradiciones que usan a la música como vínculo de comunicación colectivo, y sólo renueva su vigencia en fechas específicas, aquéllas donde la venta está asegurada mediante una promoción artificial.

Pero los medios de comunicación masiva han fortalecido otros síndromes de convivencia colectiva, y con frecuencia importantes personajes de la comunidad mediática menciona la frase “lo que no aparece en los medios, no existe”. Hay algo de cierto en esa frase, pues no se puede disfrutar algo que, si bien hermoso, sea desconocido; no se puede sufrir cuando se desconocen las razones para ello. Y así, lo conocido o lo desconocido hoy se encuentra como rehén de la virtud de la difusión porque “lo que no aparece en los medios, no existe.” Y qué importante y necesaria es la difusión para mantener vivas tradiciones de los pueblos, qué importante resulta utilizar la virtud de la difusión cuando la música tradicional mexicana lentamente agoniza en muchas de sus manifestaciones, quizá las más tradicionales, quedando algunas estructuras melódicas útiles para la rentabilidad de los medios de comunicación: un mariachi, un fragmento de la Guelaguetza, o la “Danza de los viejitos” con un sentido ajeno e indiferente para el anonimato colectivo.

No es fácil defender las tradiciones cuando a los verdaderos beneficiarios, a los herederos de ese patrimonio espiritual, les resulta impráctico o innecesario recobrar una fracción de la esencia filosófica porque existen otras obsesiones temporales inducidas, que si bien no son un satisfactor, son mucho más fácil de obtener porque los medios de comunicación las tienen ese día en sus escaparates. Por tanto, es fundamental convencer al gran público de la importancia filosófica de las tradiciones para conservar la intimidad de cada pueblo, la importancia que tiene entender el concepto de identidad y no sustituirlo por el de independencia y su nacionalismo comercial, o el impulso patrio de lo futbolero. En la era de la comunidad mediática es indispensable utilizar a los medios de comunicación



como el recurso de difusión para el rescate colectivizado a través de una estrategia diseñada con premeditación, alevosía y ventaja, como hacen otros vendedores del objeto inútil que se vende.

También se habrá de ser cauteloso para evitar los riesgos colaterales del mal uso de los medios de comunicación, que se transforman en otros síndromes de convivencia. Cuando se satura de información a un público concreto, éste lentamente va experimentando la necesidad de satisfacer con más información un vacío que se va formando al aceptarse cada individuo a sí mismo como parte del anonimato colectivo. En ese momento surge como fantasma el síndrome de insaciabilidad, y al colectivo no logra satisfacerlo nada, provocando muchas veces estados de angustia al saberse cautivos del otro síndrome de convivencia que es la memoria de un solo día: no existe tiempo ni espacio suficientes para recordar nada, en ocasiones ni siquiera las prioridades personales. ¿Cómo guardar el recuerdo de las tradiciones, de la música tradicional mexicana, cuando el recurso de la memoria, tan importante y significativo, está dañado? ¿Y ante tantas conductas complejas, y en ocasiones contradictorias, cuál es el comportamiento que prevalece? La adaptación más sencilla es el síndrome del delirio de imitación, dónde hay que esperar para poder imitar. Aquí radica el éxito de la música contemporánea, casi en su mayoría música de muy mala calidad tanto en ritmos, temas melódicos, interpretes y, por supuesto, consumidores, público que se adapta y no cuestiona lo que no le parece.

Pero también se puede promover la imitación de costumbres y valores sociales a través de los medios de comunicación, la imitación en el consumo de música



auténticamente popular en una simple estrategia de inducción al consumo colectivo que todos quieren realizar dentro del fenómeno del anonimato colectivo, transformando la música popular en un recurso cultural renovable para las generaciones que algún día serán las beneficiarias de la historia universal. Por lo demás, en la sociedad actual se imita todo, incluso los “creativos” —encargados de la mala publicidad de nuestros tiempos— aguardan cautelosos en sus madrigueras informáticas la llegada del momento de plagiar, es decir, imitar lo que “todo el mundo está utilizando”. Sin duda este enfermizo delirio por imitar sacrifica de modo consciente la característica fundamental de la especie humana de ser cada individuo único e irrepetible, pues incluso la avanzada tecnología de la clonación es incapaz de reproducir el tiempo y el espacio coincidente.

La transculturación y la homogenización del pensamiento

La primera y fundamental pregunta que surge es ¿qué beneficios ofrece la globalización? Sin duda muchas ventajas y beneficios: un mundo que, sin sacrificar las riquezas locales de cada nación y su cultura, pueda participar de la sabiduría y la creación que a cada momento sucede en todos los rincones del planeta; participar de la riqueza acumulada en todos los tiempos y que impulsó al hombre a explorar el universo; aportar con orgullo algunas ideas para beneficio de una comunidad inminentemente universal.

La música popular es un beneficio espiritual, tanto para quien la escucha como para quien la crea, y existe música para cada momento emocional: romántica, bailable, boleros, clásicos, rock, festiva o de funeral, de bienvenida o de olvido. Y entre todos esos momentos debe existir un tiempo especial en que el espíritu, en cualquier parte del mundo, exige la presencia de la música tradicional, precisamente cuando se padece el peligro de la desaparición de esta música frente a la transculturación mediática de nuestra comunidad inminentemente universal.

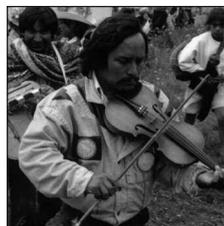
Todo lo nuevo y lo diferente tiene una fascinación especial. Algunas culturas, según el observador, resultan exóticas, sabias, muy tradicionales o de una vertiginosa vanguardia. Obvio es que nunca falta el matiz

cultural intrascendente por la falta de esa tradición que sustenta a la historia. Y es aquí donde comienzan las dificultades para descifrar cabalmente el significado social y cultural de las ofertas de importación, y esto es porque surgieron de una mente creadora con una idiosincrasia muy diferente a la de nosotros. Sin duda que finalmente podemos entenderla, pero siempre será bajo la óptica de nuestra perspectiva del mundo, nuestra identidad, nuestra historia y nuestro orgullo, con los cuales la idea original se habrá modificado.

Cuando esto no sucede, quiere decir que no existe una respuesta real al estímulo recibido y se acepta sin meditar si es bueno, malo, peligroso, grotesco o sublime; simplemente se acepta sin adaptación, imitando lo que todo el mundo imita. El pensamiento se homogeneiza y pierde sus matices, provocando el vacío espiritual y filosófico que vive el mundo occidental desde mediados del siglo pasado, y se trata de un proceso inversamente proporcional a las características cosmopolitas de una sociedad: entre más cercana a las vanguardias de la modernidad, más rápida y sin cuestionamientos es la adaptación a la transculturación; mientras menos contacto tiene una población con la tecnología —o los acontecimientos globales no tienen un significado importante en sus vidas—, el fenómeno de la transculturación sucede con lentitud y en algunos casos no se presenta.

Pero todo tiene una razón de ser, y muchos conceptos y realidades de la transculturación son aceptados por el hombre de nuestro tiempo porque en muchos casos la tradición pierde su capacidad de oferta espiritual y social, aspecto que es ocupado por lo transcultural, pero sin la garantía de una nueva oferta que satisfaga las necesidades de los individuos. Sin ninguna clase de oferta, los adultos de hoy son responsables del desarraigo de la juventud actual, desarraigo que se niega a cualquier compromiso y satisface sus necesidades espirituales con cualquier cosa que no implique un vínculo social, mucho menos cuando ese vínculo urge a la acción, el pensamiento comprometido, la solidaridad, pero sobre todo la aportación honesta de las ideas que puedan inspirar un cambio, un mundo mejor.

¿Y todo esto para qué? ¿Qué ganamos al preservar la cultura y la memoria histórica? ¿En qué nos beneficia



conservar la música tradicional de todos los pueblos como un patrimonio universal? El patrimonio cultural ofrece valores, estructura social, creación, aportación, identidad, memoria histórica, un espacio propio que permite primero existir como individuos únicos e irrepetibles, luego como integrantes de una comunidad y, así, partícipes de una nación, un mundo y un estatus universal hasta donde alcanza nuestra visión del infinito. Poseer tradiciones permite situarse ante el futuro con la convicción de que aún será importante aprender, conservar y transmitir todo lo que sabe nuestro tiempo. Una civilización que posee un patrimonio cultural sustentado en su historia permite que aparezcan ante nosotros esos pequeños secretos que aún guarda la cotidianidad para renovar nuestra capacidad de asombro.

Conclusión

Nuestra civilización contemporánea, que ha decidido autonombrarse la civilización global, es una sociedad que tiene graves problemas que resolver dada su perspectiva inevitablemente multicultural y dramáticamente desigual. Tiene que aprender a convivir con el concepto mismo de globalidad, que implica solucionar el conflicto de una evolución colectiva y típicamente mediática. Pero antes de pretender resolver las dificultades, es indispensable entender el problema, para lo cual es necesario plantearlo, y luego buscar la mejor respuesta a partir de la gran diversidad cultural expresada, entre otras formas, a través del arte. ¿Hasta dónde se debe buscar el consenso de la cultura universal en una simplificación única, que sacrifique los matices y riquezas regionales, sin olvidarnos que al final del proceso seguramente han de prevalecer los conceptos de los países más fuertes en poder bélico y económico?

Pienso que un sacrificio de esa magnitud no tiene sentido. Enriquecer la cultura universal es importante, pero con todos los matices y variedades que habrán de hacerla mejor, sin eliminar perspectivas filosóficas, sociales, políticas, religiosas y personales. Es fundamental preservar la sabiduría de todos los tiempos, conservar la esencia espiritual de todo el pensamiento humano, su filosofía, y su forma de expresar el arte. De no ser así el proceso de globalización será involutivo y

cualquier involución implica el riesgo de la extinción en todos los sentidos.

Gran error sería resignarse a perder las diferentes manifestaciones musicales de la civilización global, más aún cuando esas pérdidas pueden ser de música tradicional mexicana; mas para evitar esa pérdida irreparable habrá de hacerse frente al conflicto sin muchos discursos y un proyecto concreto, el cual depende de muchas voluntades por momentos antagónicas en intereses políticos y económicos. Ese proyecto debe partir de entender que la mediatización de la cultura es inevitable; por ello es necesario aprender a utilizar esas tribunas, logrando primero que la música tradicional mexicana se transforme en música popular, es decir, música que sea escuchada y apreciada por la gran mayoría de los mexicanos y, posteriormente, apreciarla como un importante patrimonio cultural. Para ello es fundamental diseñar programas de radio y televisión con una producción verdadera, tanto en conocimiento de los géneros de la música tradicional como de los procesos de comunicación masiva, sin suposiciones derivadas de malas interpretaciones de las teorías comunicativas ajenas a nuestra idiosincrasia; es decir, una teoría de comunicación mexicana debe partir de la observación directa y sistemática, tanto de los medios de comunicación de México como de la sociedad que consume esos medios.

Es indispensable entender que mientras la música tradicional mexicana no sea una oferta para el público, éste no la va a escuchar, por más que consuma ofertas que difícilmente pueden considerarse música. Mientras no se presente un proyecto rentable para los dueños de los medios de comunicación, no van a arriesgarse en un proyecto cultural y seguirán promoviendo otros proyectos musicales, de menor calidad pero más productivos en términos económicos. También es urgente superar las falsas fronteras intelectuales, las cuales presuponen que algo mediático y masivo carece de valor cultural sólo porque deja de pertenecer a una elite que se asume dueña de la sabiduría. Si no se rescata la música tradicional mexicana con la idea de que hoy pertenecemos a una sociedad mediática y globalizada, donde el protagonismo es muy importante, seguramente desaparecerá para siempre y sin remedio.